

los católicos españoles y muy especialmente diremos los misioneros españoles, se ama y se respeta a España; porque ellos son honrados ciudadanos que honorifican a su madre patria en los pueblos en que viven. Los misioneros no son aventureros impulsados por la avaricia, buscan las almas para depositar en ellas el ósculo santo de la paz del divino Maestro. Las naciones de América y de Oceanía que fueron en otro tiempo hijas del espíritu católico español darán es sus historias buen testimonio de esta verdad, como lo dió el protestante Taf, más tarde presidente de la república de los E. E. U. U. Americanos, cuando fué a estudiar por encargo especial de su país la organización del pueblo filipino, deduciendo en conclusión que debía conservarse cuanto existía de los frailes y reponer, a ser posible, cuanto se hubiera destruido. Los misioneros en China y en el Japón serán los denunciadores de nuestras glorias, ganadas por nuestro espíritu de sacrificio, por nuestra sobriedad, por nuestro desafecto a las cosas de la tierra, por nuestro amor al trabajo espiritual, por nuestro decidido empeño de ser soldados abanderados de Cristo.

Y tiene este nuevo Seminario, inaugurado el 3 de Dbre., con la asistencia del Nuncio de S. Santidad y del ministro de Gracia y Justicia en representación del Rey, una particularidad que lo hace singular entre todos los centros de esta clase de nuestra patria y es que los misioneros no serán de ésta o aquella Orden o Congregación religiosa ni de todas juntas, los misioneros de que se trata serán del clero secular. Dice así la revista antes citada: «Y con este patronato y patrocinio (se refiere al Papa, al Rey y a S. Francisco Javier, Patrón de la obra de misiones) crecerá el número de los misioneros españoles del clero secular, que emulará en fraternal y santa contienda de amor a Cristo el celo de las Ordenes religiosas; crecerá ese número y España acrecentará los lauros de sus conquistas apostólicas».

También son dignas de ser tenidas en cuenta estas palabras que transcribimos: «Ni se nos olvidará jamás el elogio tributado (por el Exmo. Sr. Arzobispo de Burgos en el discurso inaugural) al difunto canónigo D. Geraldo Villota, fundador del Colegio de Ultramar, como base providencial del que hoy se inaugura, y que será su ampliación». Hacen tanta falta en el que nosotros decimos nuestro ultramar, tanto esfuerzo religioso de nuestra parte para que no se pierdan las semillas de cristiandad que en aquellas naciones depositaron tan sabia y celosamente nuestros religiosos que todo lo que se trabaje en ese sentido merecerá siempre el más ferviente elogio de los buenos españoles.

Que Dios derrame sus bendiciones proporcionando tantos y tan variados medios como son indispensables para que esta obra corresponda a los deseos del Papa, del Rey y de su celoso fundador y sea un verdadero semillero de héroes para enaltecer por todo el mundo infiel nuestra catolicidad tantas veces gloriosa como fecunda.

En presencia de esta futura generación de *misioneros seculares*, asalta nuestra memoria un nombre santo que ha brillado y brillará en nuestra patria, como sol que alumbre con sus luces recibidas de lo alto ese nuevo derrotero, que señale ese nuevo oriente de la vida del catolicismo. Una